

CAPÍTULO 11: PERSISTENCIA EN LA ORACIÓN

Quizás hayas oído la historia de Andy. Andy quería compartir su fe, así que empezó a dar la vuelta a la manzana una vez por semana, dejando libros en cada casa. La primera semana, cuando llegó a una casa, subió las escaleras y llamó a la puerta.

Un hombre se acercó a la puerta. «¿Puedo ayudarle?» Andy le ofreció los libros.

El hombre dijo: «No, gracias; No me interesa.» Y cerró la puerta. Andy metió los libros por debajo de la puerta, y siguió su camino. La semana siguiente, cuando Andy llegó a esa casa en particular, subió las escaleras y llamó a la puerta. El hombre llegó y le gritó: «¡Te dije que no me interesa!» Y le cerró la puerta en la cara a Andy.

Andy metió los libros por debajo de la puerta, y dio la vuelta a la manzana.

La tercera semana, cuando Andy llegó a esa casa en particular, subió las escaleras y llamó a la puerta. El hombre abrió la puerta, rompió una botella de cerveza sobre la cabeza de Andy, y cerró la puerta de golpe.

Andy se quedó allí unos momentos, agarrándose a la barandilla del porche, esperando a que se le despejara la cabeza. Luego, metió los libros por debajo de la puerta, y siguió su camino. La semana siguiente, cuando Andy llegó a esa casa, subió las escaleras y llamó a la puerta. El hombre abrió la puerta y gritó: «¿Cuándo recibirás el mensaje? ¿Vas a seguir volviendo?»

Andy respondió: «¡Ahora has recibido el mensaje!»

¡El hombre lo invitó a pasar! Hoy el hombre es anciano en su iglesia local. Finalmente se dejó convencer por la persistencia de Andy. Andy, cuyo nombre completo es Andrew Fearing, tuvo mucha perseverancia. ¡Quizás esa sea una de las razones por las que tuvo tanto éxito como evangelista!

La persistencia es un ingrediente importante en la oración eficaz. Cuando oramos, a veces Dios responde nuestras oraciones inmediatamente. ¡Y esas son buenas noticias! Pero a menudo, Él elige esperar un poco. De hecho, tiene la costumbre de esperar hasta el último minuto. Así que si estás enfrentando una crisis (digamos que dentro de treinta días te enfrentarás a la bancarrota), puedes relajarte. ¡Es muy probable que la respuesta a tu oración por liberación no llegue hasta dentro de veintinueve días y medio!

El retraso y la espera han dejado perplejos a muchos de los hijos de Dios. Estamos impacientes. A los humanos no nos gusta esperar. La «nueva generación» no se inventó en nuestros días. Cada generación, desde el principio de los tiempos, ha sido una «Generación del Ahora».

Echa un vistazo a una de las historias del Antiguo Testamento: la historia de Saúl, el primer rey de Israel. Saúl era un hombre impaciente. A principios de su reinado, al final de una batalla con los filisteos, se suponía que se encontraría con el profeta Samuel en cierto lugar. Tenían una cita al final de siete días para ofrecer sacrificios delante del Señor, pero Samuel llegó tarde a la cita. Tenemos la idea de que Dios intencionalmente dispuso la demora. Entonces, cuando Samuel no apareció en el horario previsto, Saúl siguió adelante solo, ofreciendo sacrificios que sólo un sacerdote podía hacer (ver 1 Samuel 13:1-9; Patriarcas y Profetas, páginas

617 y 618).

Nunca oímos hablar del impaciente Saúl cuando necesitaba consejo para atacar a los filisteos. No estaba seguro si ir tras ellos o no, entonces consultó al Señor, pero el Señor no le respondió «aquel día» (ver 1 Samuel 14:37).

Saúl quería una respuesta de inmediato. No estaba dispuesto a esperar, así que siguió su propia sabiduría, en lugar de persistir en la oración hasta que llegara la respuesta de Dios.

Cerca del final de su vida, Saúl no pasó la prueba por tercera vez. Una vez más, quería consejo sobre si debía o no ir a la batalla:

«Cuando Saúl consultó al Señor, el Señor no le respondió, ni por sueños, ni por Urim, ni por profetas.» Sin embargo, Saúl no se quedó esperando. Como Dios guardó silencio, buscó a la bruja de Endor. Cuando la bruja logró producir un ser que tenía la apariencia de Samuel, y que pretendía ser Samuel, sus primeras palabras lo traicionaron. Él preguntó: «¿Por qué me has inquietado para hacerme subir?» Eso debería haber sido una pista para Saúl. Este no fue alguien enviado por Dios: ¡vino de la dirección equivocada!

Pero Saúl dijo: «Dios se ha apartado de mí, y ya no me responde, ni por profetas, ni por sueños; por eso te he llamado, para que me hagas saber lo que he de hacer» (1 Samuel 28:1-20).

La historia de Saúl es un triste comentario sobre alguien que no persistió en la oración, esperando que Dios le diera su respuesta. Y recuerdas el final de la historia. Saúl vio que la batalla era contra él y, vencido por el terror, cayó sobre su espada, acabando así con su propia vida (ver 1 Samuel 31:1-6).

LA VIUDA ANTE EL JUEZ INJUSTO

Vayamos ahora a un ejemplo bíblico de alguien que hizo lo correcto. Ella era viuda. Jesús la usó para mostrar la importancia de la perseverancia:

«También les refirió Jesús una parábola sobre la necesidad de orar siempre, y no desmayar, diciendo: Había en una ciudad un juez, que ni temía a Dios, ni respetaba a hombre. Había también en aquella ciudad una viuda, la cual venía a él, diciendo: Hazme justicia de mi adversario. Y él no quiso por algún tiempo; pero después de esto dijo dentro de sí: Aunque ni temo a Dios, ni tengo respeto a hombre, sin embargo, porque esta viuda me es molesta, le haré justicia, no sea que, viniendo de continuo, me agote la paciencia. Y dijo el Señor: Oíd lo que dijo el juez injusto.

¿Y acaso Dios no hará justicia a sus escogidos, que claman a él día y noche? ¿Se tardará en responderles? Os digo que pronto les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del Hombre, ¿hallará fe en la tierra?» (Lucas 18:1-8).

Para empezar, podemos enfatizar que Dios no es como el juez injusto de la parábola. El propósito de la perseverancia no es derribar la falta de voluntad de Dios, para darnos las cosas que necesitamos. La parábola muestra la personalidad de Dios, por contraste. Si incluso un juez injusto puede ser conquistado por la perseverancia, cuánto más un Padre de amor que está

siempre dispuesto a dar a sus hijos. Pero ¿alguna vez te has preguntado por qué, dado que Dios está tan dispuesto a dar, tarda tanto en responder? La parábola dice: «Pronto les hará justicia», ¡pero algunos de nosotros, hemos descubierto que la definición de Dios de la palabra «prontamente» es muy diferente a la nuestra! Lo mismo ocurre con la palabra rápidamente. En Apocalipsis 3:11, encontramos la promesa:

«He aquí, vengo pronto». ¿Ha venido pronto según vuestro entendimiento? En el libro «La travesía del viajero del alba» de las «Crónicas de Narnia», CS Lewis plantea una pregunta interesante. El león, Aslan, que es un tipo de Cristo, llega al lugar donde se alojan los niños, se queda un rato dándoles el consejo necesario, y luego se prepara para partir. Él dice: «Te veré pronto». Lucy, una de las niñas, pregunta: «Por favor, Aslan, ¿qué es pronto?» Muchos de los hijos de Dios le han hecho esa pregunta. El calendario de Dios a menudo ha resultado diferente al nuestro. Ésta es una de las principales razones por las que es tan importante estudiar la perseverancia en la oración. ¡Será mejor que lo entiendas, porque, tarde o temprano, lo necesitarás! Isaías nos ayuda a comprender la definición de Dios de rapidez y prontitud: «Hace mucho tiempo que predije las cosas pasadas, mi boca las anunció, y las hice notorias; entonces de repente actué, y sucedieron.» «Yo soy el Señor; a su tiempo haré esto presto» (Isaías 48:3; 60:22, NVI).

Entonces, la clave para comprender los retrasos aparentes en las respuestas de Dios es comprender, que si bien puede parecer que hay un retraso antes de que Él se mueva, cuando Él se mueve, ¡cuidado, Él se mueve rápido! Esto nos ayuda a unir las dos frases de la parábola, «aunque los tolerará mucho» y «pronto les hará justicia». Puesto que estamos seguros del amor y la preocupación de Dios por nosotros, también podemos estar seguros de que cualquier perseverancia que sea necesaria ante la demora, es para nuestro bien.

«No hay peligro de que el Señor descuide las oraciones de su pueblo. El peligro es, que, en la tentación y la prueba, se desanimen y no perseveren en la oración» (Palabras de Vida del Gran Maestro, página 175).

De todos modos, ¿cuál es el propósito de la perseverancia? Si entendemos un poco más por qué la perseverancia es tan importante, y cuál es el propósito de Dios al dejarnos esperar con tanta frecuencia, tal vez disminuya el peligro de que no perseveremos en la oración.

EL PROPÓSITO DE LA PERSEVERANCIA

La perseverancia es una disciplina. Solemos considerar la disciplina en términos de castigo, pero también tiene un lado positivo. La disciplina es el autocontrol que conduce al crecimiento, e incluso el autocontrol positivo puede a veces ser desagradable, ¡como cualquier estudiante sabe! ¿Alguna vez has tenido la disciplina de estudiar para un examen? No fue necesariamente divertido, pero fue bueno para ti. ¿Qué tiene de bueno la persistencia?

Nos lleva a buscar en nuestros propios corazones. Dios está interesado en mostrarnos lo que realmente nos motiva. Nos resulta fácil engañarnos a nosotros mismos, sobre todo cuando las cosas van bien. Pero cuando hay un retraso en la respuesta a nuestras oraciones, nos sentimos motivados a mirar más de cerca lo que realmente somos.

«Cuando le pedimos, Él puede ver que es necesario que escudriñemos nuestro corazón, y

nos arrepintamos del pecado. Por lo tanto, Él nos lleva a través de pruebas y tribulaciones, nos lleva a través de la humillación, para que podamos ver lo que impide la obra de Su Espíritu Santo a través de nosotros» (Palabras de Vida del Gran Maestro, página 143).

A través de la perseverancia, Dios puede darnos una bendición mayor de la que pedimos. El noble se acercó a Jesús, para pedirle lo que le parecía la mayor bendición posible. Quería que su hijo sanara. ¡Y Jesús quería que su hijo también fuera sanado! Pero Jesús tenía más que curación para darle a este hombre. Retrasó la respuesta a su petición, a pesar del malestar temporal que resultó. El resultado fue una bendición mayor, tanto para él, como para su hijo, y para toda su casa.

«A menudo, nos vemos llevados a buscar a Jesús por el deseo de algún bien terrenal, y al ser concedido nuestro pedido, apoyamos nuestra confianza en su amor. El Salvador anhela darnos una bendición mayor de la que pedimos; y retrasa la respuesta a nuestra petición, para mostrarnos la maldad de nuestro propio corazón, y nuestra profunda necesidad de su gracia. Él desea que renunciemos al egoísmo que nos lleva a buscarnos. Confesando nuestra impotencia y amarga necesidad, debemos confiarnos totalmente a Su amor» (El Deseado de todas las gentes, página 200).

La persistencia revela una fe genuina. La persistencia pone a prueba nuestra fe, y revela si es genuina. ¿Nos sentimos infelices con Dios, si no obtenemos, de forma inmediata, lo que creemos que necesitamos, o lo que queremos? Si es así, ¡tenemos que descubrirlo! Solía enojarme mucho con Dios por esperar hasta el último minuto, ¡pero era bueno para mí! Necesitaba ver cuán rápido me enojaba con Dios, cuando Él no hacía lo que yo quería que hiciera. «Muchas veces se demora en respondernos, para probar nuestra fe» (Palabras de Vida del Gran Maestro, página 145).

Tener que esperar pone a prueba la autenticidad del deseo. La espera es parte de la vida de todos nosotros. Esperamos una carta por correo. Esperamos el día de pago. Esperamos en los semáforos. Esperamos citas con médicos y dentistas. Hacemos cola en la tienda. Los cristianos también suelen tener que esperar a su manera.

Todavía estamos esperando que Jesús venga. Quizás estemos esperando que los frutos del Espíritu se desarrollen en nuestras vidas. Y es posible que estemos esperando la respuesta a alguna oración.

Tendemos a ver el tiempo de espera como tiempo perdido, pero no deja de ser cierto que, «para esperar en Dios, no se pierde el tiempo». A lo largo de los siglos, el pueblo de Dios ha esperado. A la cabeza de la fila estaba Adán, quien esperó durante más de 900 años, hasta que naciera el Hijo prometido. Todavía estaba esperando cuando murió. Noé esperó 120 años, hasta que llegara el diluvio. Moisés esperó cuarenta años, cuarenta años más, y finalmente cuarenta años más, por la Tierra Prometida. Se acostó solo en la cima del monte Nebo, esperando todavía. ¡Jacob esperó siete años por su novia, y luego le dieron la novia equivocada! Las diez vírgenes de la parábola de Jesús esperaban al novio. Y Hebreos 11:13 habla de un grupo que esperó toda su vida:

«Todos estos murieron en la fe, sin haber recibido las promesas, sino que, habiéndolas

visto de lejos, se persuadieron de ellas, las abrazaron, y confesaron que eran extranjeros y peregrinos en la tierra».

Pero cuando estás esperando algo, tienes mucho tiempo para considerar si realmente loquieres. ¿Alguna vez fuiste a una tienda para comprar algo, y esperaste tanto tiempo en la cola, que decidiste que no valía la pena esperar? Cuanto más tengas que esperar, más seguro estarás de que realmente quieres lo que esperas. «A menudo se demora en respondernos, para probar la autenticidad de nuestro deseo» (Palabras de Vida del Gran Maestro, página 145).

La persistencia aumenta nuestro deseo de obtener la respuesta. Cuando centras tu atención en un deseo particular, y continúas buscándolo, ¡tu deseo aumenta! ¡Es como esperar la cena de Acción de Gracias! ¡Cuanto más tengas que esperar, más hambre tendrás! Y más agradecido estás, cuando llega la hora de comer.

«La petición persistente hace que el peticionario adopte una actitud más seria, y le da un mayor deseo de recibir las cosas que pide» (Palabras de Vida del Gran Maestro, página 145).

La demora nos acerca a una unión más estrecha con Cristo. Si aceptamos la disciplina de esperar, y persistimos en presentar nuestras oraciones ante Él, nuestra unión con Cristo aumenta. «Cuanto más intensa y firmemente pidamos, más estrecha será nuestra unión espiritual con Cristo» (Palabras de Vida del Gran Maestro, página 146). La persistencia en la oración nos mantiene en Su presencia, y cuanto más tiempo pasemos en Su presencia, más nos familiarizaremos con Él.

La espera nos prepara para recibir la respuesta cuando se dé. Es posible, que no siempre estemos preparados para recibir la respuesta en el momento en que la preguntamos. Moisés no estaba listo para sacar al pueblo de Israel de Egipto, al final de sus primeros cuarenta años. Él pensó que sí, pero Dios vio que necesitaba más tiempo. De hecho, necesitó unos segundos cuarenta años, antes de estar preparado para comenzar la obra que Dios le había asignado.

«Espera en el Señor, hasta que veas que estás listo para recibir y apreciar las bendiciones que pides» (Ellen G. White, Review and Herald, 30 de mayo de 1912).

La persistencia te impide dar por sentado los regalos de Dios. Es muy fácil dar por sentados los dones de Dios. Si lo dudas, detente, y piensa por un minuto: ¿cuál de estos regalos de Dios, le has agradecido en las últimas veinticuatro horas: la luz del sol, las uñas, el descanso, el agua, los zapatos, tu ángel de la guarda, las mantas, la música y la libertad religiosa? ¿Obtuviste el 100 por ciento? Una cosa es segura: si estuviste particularmente agradecido por algo en esa lista aleatoria, es porque, de alguna manera, fuiste consciente de lo que sería no tenerlo. Es fácil dar las cosas por sentado. Pero cuando se nos permite esperar y seguir buscando una bendición particular, es mucho menos probable que la demos por sentado.

En el momento en que Elías oró pidiendo lluvia en la cima del Monte Carmelo, no había llovido durante tres años y medio. ¡Eso ya parecería suficiente! Pero cuando había orado siete veces para que comenzara a llover, le resultaba aún más imposible dar por sentada la respuesta de Dios. Al comentar sobre esta experiencia, Elena de White dijo:

«Dios no siempre responde nuestras oraciones la primera vez que lo invocamos; porque si hiciera esto, podríamos dar por sentado que tenemos derecho a todas las bendiciones y favores que nos otorgó. En lugar de escudriñar nuestros corazones para ver si albergamos algún mal, o si cometimos algún pecado, podríamos volvemos descuidados y no darnos cuenta de nuestra dependencia de Él, y de nuestra necesidad de Su ayuda»

(Comentarios de Elena G. de White, Comentario Bíblico Adventista, tomo 2, página 1035).

Esperar puede impedir que recibas la gloria por lo que Dios ha hecho. Otra vez Elías, allí en el Monte Carmelo, oró por fuego, y el fuego se encendió al instante. Ahora, el peligro era que pensara que, de alguna manera, había sido obra suya y no de Dios, por lo que Dios lo puso «en espera», mientras oraba por la lluvia.

«Elías se humilló, hasta estar en una condición en la que no podía tomar la gloria para sí mismo. Esta es la condición bajo la cual el Señor escucha la oración, porque entonces le daremos alabanza... Mientras escudriñaba su corazón, parecía ser cada vez menos, tanto en su propia estimación, como ante los ojos de Dios. Le parecía que él no era nada, y que Dios lo era todo; y cuando llegó a ese punto de renunciar a sí mismo, mientras se aferraba al Salvador como su única fuerza y justicia, la respuesta llegó» (Comentarios de Elena G. de White, Comentario Bíblico Adventista, tomo 2, página 1035)

La demora hace que la interferencia de Dios sea más marcada. Si cada respuesta a la oración llegara rápida y fácilmente, podríamos concluir que habría sucedido de todos modos. Pero cuando lleguemos a un punto muerto, cuando lleguemos al fin de nuestros propios recursos, reconoceremos más fácilmente Su mano al sacarnos del otro lado.

«De época en época, el Señor ha dado a conocer la manera de obrar. Cuando ha llegado una crisis, Él se ha revelado, y ha intervenido para impedir la realización de los planes de Satanás. Con las naciones, con las familias, y con los individuos, a menudo, ha permitido que las cosas lleguen a una crisis, para que su interferencia se haga evidente. Luego, ha manifestado que hay un Dios en Israel, que mantendrá Su ley, y vindicará a Su pueblo» (Palabras de Vida del Gran Maestro, página 178).

El retraso hasta el punto de la crisis no sólo hace que la obra de Dios sea más clara en nuestros corazones, sino que también es un testimonio para otros que están observando. Puede que no seas tú quien necesite este doloroso retraso, pero Dios puede usarlo para llamar la atención de quienes te rodean. ¿Estás dispuesto a que Dios te use de esa manera?

A partir de tu propia experiencia, quizás puedas agregar a estos diez puntos, razones por las que has descubierto por qué la perseverancia puede ser una bendición. Aunque a veces pueda parecer desagradable, la perseverancia es una parte necesaria de nuestra disciplina como hijos del Rey.

¿POR QUÉ NOS RENDIMOS TAN FÁCILMENTE?

Si la persistencia en la oración es tan necesaria, y es buena para nosotros por tantas razones diferentes, ¿por qué nos resulta tan difícil? Hay al menos tres razones.

Primero, tenemos más fe en lo que podemos hacer por nosotros mismos, que en lo que Dios puede hacer por nosotros. Ese fue el problema de Abraham. Puso su fe en lo que pudo lograr con Agar, en lugar de esperar a que Dios le diera a Isaac.

En segundo lugar, a menudo no somos conscientes de nuestra propia necesidad. Pedimos sin entusiasmo, tal vez porque pensamos que es lo esperado, pero en realidad no somos conscientes de cuán indefensos estamos, separados de Él. No nos damos cuenta de cuán desesperadamente necesitamos su poder en nuestras vidas. Y por eso, nos contentamos con abandonar la búsqueda.

Y tercero, no nos damos cuenta de la voluntad de Dios de dar. Cuando hay un retraso, es fácil olvidarse que Dios está más dispuesto a darnos cosas buenas a nosotros, que nosotros a nuestros hijos. Interpretamos la demora como una falta de preocupación de su parte, y, por lo tanto, no perseveramos.

Pero la persistencia no es algo que fabricamos nosotros mismos. ¡La persistencia es un regalo! (ver Palabras de Vida del Gran Maestro, página 175). «Fue Cristo quien dio coraje y determinación, a la viuda suplicante ante el juez.» Entonces, si necesitas perseverancia, no intentes lograrlo tú mismo. Él te dará la perseverancia que necesitas, mientras continúas en relación con Él.

Una de las formas en que Él da perseverancia, es a través del dolor. Cuando sientes dolor, nadie tiene que recordarte que sigas buscando alivio. ¡Esto surge de forma natural y espontánea! Lucas registra que, «estando en agonía, [Jesús] oraba con más fervor» (Lucas 22:44). ¿Has descubierto que hay suficientes golpes y magulladuras viviendo en este mundo de pecado, como para que tengamos un recordatorio constante de nuestra necesidad de Dios? ¡Ojalá aceptemos la disciplina, y sigamos viniendo a Él!

¿Cuánto tiempo debemos persistir? La mujer sirofénicia preguntó tres veces, y obtuvo respuesta. La respuesta fue «Sí». Pablo también preguntó tres veces, y obtuvo respuesta. La respuesta fue «No». ¡Pero obtuvo una respuesta! ¿Cuánto tiempo debemos seguir orando? Hasta que obtengamos una respuesta de Dios. Es así de simple.

Moisés oró para entrar a la Tierra Prometida, hasta que Dios le dijo que dejará de pedir. A menudo presentamos una petición a Dios, y asumimos que la respuesta es «Sí», a menos que se nos muestre lo contrario. Pero los ejemplos bíblicos nos enseñan que debemos esperar que la respuesta sea «Sí», y continuar suplicando hasta que nos digan que dejemos de hacerlo, o hasta que recibamos la bendición. No te detienes sólo porque no ves resultados. No te detienes ni siquiera cuando Dios aparentemente dice

«No» (ver Éxodo 32). ¡No te detengas hasta que Dios te diga que lo hagas!

No es falta de fe para seguir impulsando tu caso. No hay necesidad de sentirse culpable por no dejarlo ir. «Si la respuesta se demora, es porque Dios desea que mostremos una santa audacia, al reclamar la palabra prometida de Dios» (En los lugares celestiales, página 74).

«Cuando con fervor e intensidad hacemos una oración en nombre de Cristo, hay en esa misma intensidad, una promesa de Dios de que Él está a punto de responder a nuestra oración, sobre todo lo que pedimos o pensamos» (En los lugares celestiales, página 80).

Dios nos ha invitado a pedir. Él anima nuestras oraciones. Él quiere que sigamos

pidiendo para poder recibir; seguir buscando para poder encontrar; y seguir llamando para que se nos abra la puerta (ver Mateo 7:7).